

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

EN PROVINCIAS.

Domingo 12 de julio de 1857.

EDICION DE LA MAÑANA.

AÑO III.—NUM. 778.

PRECIOS DE SUSCRIPCION. Ocho rs. al mes, llevado á domicilio, y 24 por tres meses. Puntos donde se suscriben. En la Administracion, calle del Carmen, num. 60, y en las librerías de Cuervo, calle Mayor, num. 2. Bailly-Bailliere, calle del Principe; Oliveres, calle de la Concepcion; Duran, calle de la Victoria; y Lopez, calle del Carmen.

PRECIOS DE SUSCRIPCION. Catorce rs. por un mes, y 38 por tres meses. Puntos donde se suscriben. En casa de los correspondientes, en las principales librerías y en las administraciones de correos. Tambien puede hacerse la suscripcion por carta franca acompañada el importe en sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso. En el extranjero y Ultramar, por tres meses, 70 rs.; por seis, 130, y por un año, 250.

MADRID 12 DE JULIO.

Estamos á 12 de julio y todavia permanecen abiertas las Cámaras. Ciertos es que muchos senadores y diputados se han ausentado de la capital, ya por huir de los rigores del estio, ya por atender á sus negocios privados ó al muy importante de su salud; pero no obstante, las Cortes siguen abiertas y en ellas se discuten, se votan y acuerdan disposiciones de la mas alta trascendencia. El gobierno, sin tener en cuenta esta circunstancia importantísima, ó si la tiene, desdénandola profundamente, se apresura á presentar proyectos sobre proyectos; acelera por todos los medios posibles su tramitacion parlamentaria, y se dispone á convertirlos en leyes del reino, contento y ufano por haber alcanzado para los la mayoría absoluta de votos. Como consecuencia de esto la discusion nace casi ahogada; se agita en un círculo mezquino, y á pesar de los nobles esfuerzos de los oradores, no puede elevarse á la verdadera region de los principios, porque ni está nutrida con los datos suficientes ni ha sido analizada con el escudelo de una critica laboriosa, madura y reflexiva.

No hablamos un lenguaje de imaginacion; no mueve nuestra pluma el deseo de atacar sistemáticamente al ministerio; hay hechos por desgracia sobradamente elocuentes, y aunque procurásemos borrar de la memoria la autorizacion para plantear la ley de imprenta, lo ocurrido anteayer en el Congreso con el proyecto referente al procedimiento criminal, confirma nuestras aseveraciones de la manera mas plena y palmaria. Se trataba de la seguridad, de la honra, de la vida de los ciudadanos; se trataba de establecer los medios conducentes á poner en salvo la inocencia y descubrir el crimen en sus formas mas misteriosas y en sus lóbregas complicaciones; se trataba, en suma, como hemos dicho, de mejorar el procedimiento penal, que es el gran termómetro de la cultura de los pueblos. Pues bien; el dictamen de la comision que comprendia un asunto de interés tan elevado, se entregó á los diputados medio cuarto de hora antes de empezar á discutirse. Así lo manifestó apoyando una enmienda el señor conde de San Juan; pero sus palabras no tuvieron eco; la enmienda fué desechada, y el proyecto de ley puesto á discusion inmediatamente. La misma suerte le espera, segun todas las probabilidades, á la reforma constitucional, á esa determinacion que debe imprimir un sello característico é indeleble en el actual parlamento.

¿Cuál es la causa de tan insólita precipitacion? ¿Por qué no se han suspendido las sesiones, y se ha dado tiempo á que las Cortes, en un nuevo período de la legislatura examinen con calma, con reflexion atenta y profunda esas medidas de significacion inmensa? Se dirá que esas medidas son de circunstancias, y en este concepto al extremo perentorias y ejecutivas. Pero la reforma del procedimiento criminal, ¿es tambien medida de circunstancias? ¿No puede vivir el ministerio sin llevarla á cabo, como no podía vivir sin la ley de imprenta? El gobierno no comprende todo el perjuicio que se irroga á sí mismo siguiendo esta torcida linea de conducta; sus enemigos, menos indulgentes, le echarán en cara que ha pretendido conseguir de este modo lo que no hubiera obtenido despues de una discusion amplia, prolongada y luminosa. Sus adversarios mas indulgentes, sin enunciar aquella atrevida presuncion, convendrán en que aprobándose leyes de tanta cuantía á paso de carga, por decirlo así, decae la autoridad del gobierno, y se amengua la autoridad de esas leyes.

Nosotros aceptamos este último pensamiento en toda su plenitud. Si el ministerio cree que las Cortes representan genuinamente la opinion del pais, si confia en los sufragios de la mayoría, ¿por qué pretende restringir y empujear las formas protectoras de la discusion? ¿No autoriza á suponer que considerando su accion propia, débil ó poco enérgica, quiera robustecerla á todo trance por medios estraordinarios? Eso equivaldría á confesar que carece de prestigio, y un gobierno sin prestigio, tiene siempre una existencia precaria.

Por otra parte, las prescripciones del legislador, si han de inspirar veneracion y respeto, deben reunir á su autoridad legal, la autoridad moral. La primera constituye su vida del momento; la segunda garantiza sus conlusiones de porvenir. Aquella significa que la ley ha sido elaborada por las potestades competentes; esta que ha merecido el apoyo espontáneo, unánime y terminante del sentimiento público.

He aquí porque deseábamos que se hubieran suspendido antes las sesiones de las Cortes, y porque deseamos que se suspendan ahora lo mas pronto posible. En el segundo período de la legislatura concurrirán los senadores y diputados ausentes; las discusiones adquirirán el necesario brillo y la latitud indispensable, y cualesquiera que sean las disposiciones que se adopten, saldrán del seno del parlamento con mayores títulos á la consideracion general. Insistimos en que se suspendan las sesiones, y no se dé lugar á que con la ausencia de mas diputados y senadores,

se hagan de todo punto imposibles. Nos oponemos en nombre del sistema representativo á cuanto tienda á disminuir la dignidad de las Cámaras, y creemos que esta perderia no poca acabadose el primer período de la legislatura, por una especie de consuncion.

Se abrió ayer la sesion en el Senado á las dos y media, asistiendo escaso número de senadores á la lectura del acta de la anterior, que fué aprobada justamente cuando nosotros contábamos 37 señores senadores, número que no sabemos si por el reglamento es suficiente para aprobar una acta.

Debemos advertir que no olvidamos ni á los secretarios ni al señor presidente, cuando contamos 37 senadores presentes en el salon.

Despues del acta, se dió cuenta en el despacho ordinario de varias comunicaciones en que diferentes miembros del alto cuerpo colegislador participaban su ausencia de la corte.

Luego se leyó un dictamen de la comision de peticiones, proponiendo que puse á la queentende en el proyecto de ley de instruccion pública, una esposicion de los catedráticos de los institutos de Valencia y Leon.

En seguida fué leída una comunicacion, por la que se hacia saber al Senado que S. M. se habia dignado señalar la hora de las nueve de la noche, para la presentacion y sancion del proyecto de ley que autoriza al gobierno para plantear la ley de imprenta.

Asimismo se leyó el dictamen de la comision sobre todos los actos económicos del gobierno. Al oír este dictamen, se levantó el señor Collado y dijo que admiraba y aplaudia la alta capacidad de una comision, á la que han bastado veinticuatro horas para revisar, estudiar y formar opinion sobre cuestiones tan áridas y enredadas, como lo son las de presupuestos. Sin embargo, el señor Collado no creia fácil de examinar detenidamente el voluminoso expediente en que constan los fundamentos de los actos económicos del ministerio, y pedia, para que el Senado pueda resolver con inteligencia, mas tiempo del que se ha señalado para dar principio á la discusion.

Contestó el señor duque de Sevillano que no ha habido precipitacion en la presentacion del dictamen, y el señor presidente cortó este incidente, ateniéndose al reglamento y pasando á la orden del dia.

El señor Tejada combatió el proyecto de ley de instruccion pública, porque no cree prudente conceder todos los dias al gobierno una nueva autorizacion, y mucho menos sobre un negocio de tanta importancia: porque los cuerpos colegisladores se reunen para hacer ó discutir las leyes, y no para conceder votos de confianza á los gobiernos, y en fin, porque en las bases no se dá la intervencion que corresponde al clero en la instruccion primaria.

El señor Carramolino se encargó de contestar al señor Tejada, manifestando que la autorizacion es propia y natural. El Senado conoce las bases sobre que se ha de hacer la ley, y puesto que la Cámara las conoce, la autorizacion que se pide, no es una autorizacion ciega.

Correspondia la palabra al señor Estébanz Calderon, despues del señor Carramolino, por tenerla pedida en contra, pero era tan escaso el número de senadores, que tuvo el presidente que suspender la discusion por algun tiempo, leyéndose entretanto una proposicion del señor Cantero, pidiendo que se presentase la liquidacion del empréstito Mirés.

Pudo luego usar de la palabra el señor Estébanz Calderon y atacó el dictamen, porque en su concepto, el gobierno marcha con precipitacion escusada é inmotivada; porque es preciso detenerse en el camino de las autorizaciones; porque en las bases no se habla de restablecer entre los escolares la sotana y el manto; porque el proyecto no rescata las antiguas universidades de Alcalá y Salamanca; porque no se vuelve á la época feliz de los tiempos inquisitoriales; porque no se encomienda al clero la enseñanza, y en fin, porque se exigen grados académicos para hacer oposicion á las diferentes cátedras que la instruccion pública comprenderá. Todo esto podía deducirse del discurso de S. S. pronunciado con facilidad y con la erudicion que le reconocemos.

Hubiera contestado al señor Estébanz Calderon el señor Olivan, como de la comision, y la ley se hubiese aprobado; si hubiese habido mayor número de señores senadores; pero el presidente tuvo que levantar la sesion por falta de número, y así lo hizo, señalando para mañana la continuacion de los debates sobre este dictamen.

Invirtiendo el orden establecido, vamos á principiar la reseña de la última sesion del Congreso por la segunda parte de la misma; esto es, por la discusion del proyecto de reforma constitucional. El artículo 107 del reglamento previene que los dictámenes de comision, cuando versen sobre asuntos de importancia, se impriman y repartan previamente á los señores diputados. El espíritu de esta disposicion, no puede ocultar-

se á la mas miopie inteligencia: la ley ha querido cerrar la puerta á las invasiones y abusos del poder, á fin de evitar que una mayoría intolérante ó en extremo complaciente con el ministerio, se sobreponga á la minoría y precipite las discusiones. Ahora bien, el dictamen sobre reforma del Senado habia sido impreso y repartido pocas horas antes: ¿estaba esto en el espíritu del artículo que hemos citado del reglamento del Congreso? La masa lo creia así, suponemos que de muy buena fé; pero una parte de los individuos de la Cámara opinaba de diverso modo.

El señor Mazo pidió la lectura del artículo 107, y espuso en brevisimas frases que no podía el Congreso entrar, con bastante conocimiento de causa, en la discusion de un proyecto de ley tan grave como el que acababa de leerse, que afectaba inmediatamente á la integridad de la Constitucion, á las prerogativas de la Corona, y en el cual se establecia nada menos que el derecho de las vinculaciones.

El señor presidente del Congreso, que segun hemos indicado, habia creído estar dentro del reglamento, señalando la discusion de este dictamen para el orden del dia de ayer, concedió la palabra al señor Borrego que la tenia pedida en contra; pero este señor diputado no tuvo por conveniente hacer uso de ella y la renunció, abandonando su asiento y saliendo del salon. Lo mismo sucedió respecto del señor Gonzalez de la Vega, que estaba en lista el segundo para combatir el proyecto. El tercero que se hallaba en turno, que era el señor Sanchez Silva, tampoco se presentó á hacer uso de su derecho.

Enmedio de la sensacion que este incidente produjo en la Cámara, se levantó el señor Gonzalez Brabo, presidente de la comision, para pedir á la mesa manifestase si habia ó no en Madrid suficiente número de diputados para votar leyes. El señor Martinez de la Rosa contestó afirmativamente, refiriéndose á los datos que obraban en su poder. Nosotros creemos que puede haber equivocacion en las noticias de la mesa, no por culpa de esta, sino porque no se hayan facilitado todas las que podrían conducir á la averiguacion de la verdad. Estamos persuadidos de que no existen actualmente en la corte bastantes diputados para votar leyes; creemos que esta es la opinion de la generalidad, y no podemos darnos cuenta del empeño que se advierte en someter al Congreso á paso de carga, y en los posteros instantes de la legislatura, asuntos que requieren por su importancia, ser tratados con madurez y detenimiento.

De esto se quejaba el señor Gonzalez de la Vega, añadiendo que en ningún Parlamento ha ocurrido lo que en el actual, respecto de la forma de presentar los asuntos á la orden del dia. El señor Martinez de la Rosa explicó como pudo la conducta de la mesa; y el señor presidente del Consejo de ministros se creyó tambien en el caso de dirigir su voz al Congreso, deplorando el espectáculo que este acababa de ofrecer, y recordando, con poca oportunidad en nuestro juicio, las palabras pronunciadas por el presidente del Congreso el dia en que se abrieron las sesiones, acerca del suicidio de las Cortes. Habló tambien de intrigas puestas en juego para ahogar la discusion. Pueden estas haber existido, puesto que así lo ha manifestado la autorizada voz del general Narvaez; pero es lo cierto que los señores Mazo, Gonzalez de la Vega y Santa Cruz, protestaron enérgicamente contra la idea de semejantes intrigas, á las cuales eran completamente ajenos, y desafiaban á cualquiera á que desmintiese sus aserciones. El señor duque de Valencia no pueda quejarse, sin ser injusto, de un Congreso que ha votado al gobierno cuanto ha pedido.

Procediéndose á la discusion por artículos, se aprobó el 14, primero del proyecto, en votacion nominal, por 108 votos contra 6. Asimismo fué aprobado el 15 en votacion ordinaria.

El señor Inganzo pidió la palabra contra el artículo 16; pero no hizo otra cosa que censurar inmotivadamente la conducta de los diputados que, usando de un legitimo derecho, habian renunciado la palabra. Le contestó el señor Suarez Inclan, de la comision.

En seguida se levantó el señor ministro de la Gobernacion, y siguiendo el mismo camino que los señores Inganzo e Inclan, apostrofó á los retraídos y se esforzó en demostrar que el Congreso habia tenido tiempo de sobra para estudiar el asunto que se discutia, ó mejor dicho, que se debia discutir. «Este proyecto se ha discutido mucho, decía el señor Nocedal; es mucho lo que se ha discutido este proyecto desde que se presentó al Senado; por consiguiente, no hay motivo para que se nos venga diciendo que no ha podido ser examinado desde ayer tarde».

Añadía el joven ministro de la Gobernacion que los señores que habian renunciado la palabra lo habian hecho sin duda por el temor de quedar deslucidos en la polémica, despues de lo mucho y muy bueno que se ha dicho acerca de la reforma constitucional.

Pero el señor Nocedal no estuvo ayer tan contundentemente lógico como de ordinario, porque este mismo argumento se vuelve contra S. S. En efecto, si tan bueno y tanto se ha dicho en pró y en contra del proyecto, justo era que se diese

mas tiempo á los señores diputados para estudiar un proyecto sobre el cual se ha dicho tanto y tan bueno.

El señor Rebagliato combatió débilmente la reforma que, en su juicio, era innecesaria, puesto que el gobierno podía haber dado la conveniente organizacion al Senado sin necesidad de traer esta ley al Congreso. Tambien creia, como el señor Inganzo, que debia haberse fijado una edad mayor que la de 30 años para tener asiento en el Senado.

Despues de contestar el señor Santa Cruz á una alusion del señor Rebagliato, y de explicar estas frases que la habian provocado, usó de la palabra el señor Gonzalez Brabo. S. S. posee grandes recursos oratorios y una habilidad que nadie puede disputarle, con lo cual hace buena la causa que defiende. Así es que su breve discurso, dirigido principalmente contra los que habian renunciado su derecho de hablar, tuvo rasgos de ingenio muy felices.

Haciéndose cargo de algunos de sus apreciaciones, el señor Mazo dijo que no habia existido por su parte acuerdo ni confabulacion de ninguna especie para detener la discusion del proyecto de reforma, y que por lo mismo que este era tan importante, exigía ser tratado con mas detenimiento.

Por último, se aprobó el art. 16, y se suspendió la sesion para continuarse mañana.

He aquí ahora en cuatro palabras lo que ocurrió en la primera parte de la sesion.

Se aprobó el acta de la anterior en votacion nominal, á peticion del señor Canga Argüelles: á duras penas pudieron reunirse 72 diputados, es decir, dos mas de los que exige el reglamento.

Entrándose en la orden del dia, fueron aprobados los dictámenes de la comision de peticiones desde el 24 al 28 inclusivo.

Siguiendo la discusion pendiente sobre la ley de enjuiciamiento criminal, y terminados los debates acerca de la totalidad, se procedió á la discusion por artículos.

Contra el 1.º habló el señor Fernandez de La Hoz, á quien contestó, como de la comision, el señor Diaz Martin, en un fácil y correcto discurso, aprobándose dicho artículo, así como los restantes del proyecto.

Uno de los artículos mas notables que hallamos en los periódicos de ayer, es el que consagra nuestro colega *La España* á dar cuenta de la sesion del viernes en el Senado, donde se confirmó el duro fallo pronunciado anteriormente en el Congreso contra la prensa. Las exactas apreciaciones que contiene, resaltan mucho mas al considerar la posicion política que ocupa *La España* en el periodismo, y la moderacion y templanza con que trata las cuestiones.

Nuestro ilustrado colega cuenta como uno de los mas desconsoladores espectáculos que ofrece la historia política de nuestra patria, el que venimos presenciando estos dias al tratarse en los cuerpos legislativos de una de las mas preciosas garantías que nos concede la Constitucion: la libertad del pensamiento.

«Hemos visto, dice, los abusos y los excesos de la libertad: hemos pasado tambien por las exageraciones del orden: quedábamos, sin embargo, unconsueto y una esperanza: creíamos que unos y otros partidos, pensásemos que unos y otros gobiernos, aleccionados por la desgracia, e ilustrados por el ejemplo de naciones estranas, viniesen al fin á reconocer la necesidad de los medios prudentes, y á rendir culto, leal y sinceramente, á ciertos principios capitales, que forman, por decirlo así, la esencia y la base de los gobiernos representativos».

«¿Quién puede dudar que la prensa periódica esté en estos fundamentales principios? ¿Quién puede desconocer, desapasionadamente y de buena fé, que la tribuna del diario político y la del Parlamento, son dos hijas de una misma madre, que necesitan para vivir y dar frutos saludables al pais, del amparo y apoyo de una y otra? ¿Cuál es el hombre de recta conciencia que osará negar, con la mano puesta sobre su pecho, que si el sistema en que vivimos los partidarios de don Albaladejo, es un sistema de discusion y de examen, el propio tiempo que de vigilancia y censura de los actos de los poderes, escatiman á la imprenta los medios de ejercer esta vigilancia y este examen, es lo mismo que dejar omnipotente al Parlamento, y sin la conveniente y necesaria resistencia, aquellas mayorías que producto de una eleccion trabajada, suelen unirse á los gobiernos que le dan vida, como se une la ostra á la concha, y la yedra al olmo, casi hasta el punto de formar una sola y misma existencia? ¿Con que han de poder y han de deber los señores senadores y los señores diputados dictar una por una, y con irresponsabilidad absoluta, los actos de los ministerios; y no han de poder la prensa, cuyos derechos se reconocen y consignan igualmente en la Constitucion, desempeñar, no involuntariamente, sino con sujecion á leyes positivas, el mismo deber de examen y censura de los actos de las asambleas y del gobierno, con la prudente y discreta libertad de juicio, sin la cual valien mas que no existiese?»

«Pobre libertad de imprenta, y cuán desconocida y maltratada te ves hoy, por aquellos mismos que alimentaste en tu seno, y te debieron honores, fortuna, consideracion y fama!»

«Desdichados escritores, que no desamparásteis un solo dia la brecha, ni volvésteis una sola vez la cara al peligro en los dias de guerra contra la revolucion, levantando muchas veces estatuas gigantes sobre pedestales de barro! ¿Quién habia de decirlos que seriais tratados por aquellos que sin vuestro concurso y ayuda continuarian hoy probablemente en las dulzuras del campo ó en los blandos ocios de la emigracion, de la manera desdichada y hasta injusta que sin salvadures ni cortapisas, á gran y como en monton, con fundidad de los buenos y los malos, con tal todos fueseis cosa despreciable y valadi, os hemos visto andar estos dias en manos y bocas que seguramente no han valido ni valdrán nunca, por mucho que les ciegue su orgullo, mas que las vuestras?»

Pasando á ocuparse de la sesion de anteayer en la alta Cámara, y del discurso del género bucólico pronunciado por el señor Arrazola, dice que al escuchar las palabras del presidente del tribunal supremo de Justicia, quien se empujó en demostrar que las penas consignadas en la obra ministerial son las mismas que andan dispersas en las diferentes partes de la legislacion vigente, con la circunstancia de haber sido *dulcificados* al traerlas al novísimo proyecto, abrió su corazón á la esperanza, persuadido de que las aseveraciones del señor Arrazola no podían menos de tener todos los caracteres de la verdad, saliendo de labios tan autorizados. Con efecto, ¿quién seria capaz de poner en duda la exactitud con que en materias de legislacion ha de juzgar el primer magistrado de la nacion; comentador y glosador de códigos, interpretador de las leyes, y que si bien no ha sido periodista político, es autor, cuando menos, de varias arengas, alguna de ellas en latin?

Y prosigue *La España*:

«Avidiscurrimus, holagros y contentos de saber que en el caso mas apurado saldríamos de nuestros dolores en la lucha periódica sin mas quebranto que el de algunos miles de reales de moneda, cuando en hora menguada le ocurrió al señor Tejada dirigirse al gobierno de S. M. tres preguntas formuladas con toda precision y pertinencia. Las respuestas del señor ministro de la Gobernacion no solo echaron por tierra el castillo que, por lo visto, habia levantado sofisticamente el señor Arrazola, sino lo que fué peor, aguiaron nuestro contento, volviéndonos á nuestro pristino estado de terror y desaliento. Las preguntas del señor Tejada fueron poco mas ó menos las siguientes:

1.º En el caso de que se cometan delitos contra la religion, el trono, la constitucion del Estado, y el orden público ¿será juzgado únicamente el periódico por la ley especial de imprenta, ó quedará tambien sujeto por los mismos delitos á los tribunales, leyes y penas del fuero comun?

2.º En caso de condenacion ¿creará esta solo sobre el editor, ó podrá buscarse y perseguirse tambien al autor ó firmante del escrito?

3.º Dada la censura previa que se establece en la ley ¿se permitirá la publicacion del escrito denunciado, alejándose la persona responsable á las consecuencias de la ley?

De la contestacion precisa y terminante del señor ministro de la Gobernacion al primer caso, se deduce que un escrito condenado por el tribunal de imprenta, puede ser llevado en seguida al del fuero comun y castigado con arreglo al código penal. Es decir, que despues de una multa, que podrá llegar á 60.000 reales, quedan ademas las mas graves penas corporales.

Compágnese esto el señor Arrazola con lo que su señoría afirmó pocos momentos antes, y díganos despues si los escritores públicos vamos á ser de mejor ó peor condicion que los demás ciudadanos. De peor sí; y tan de peor, que contra ellos se establece una distincion horrible, pues no tenemos noticia de legislación alguna en la cual un mismo delito político sea castigado por dos tribunales, con penas pecuniarias en el uno, y con corporales en el otro.

Al segundo punto contestó el señor Nocedal: que así el procedimiento, como las penas del fuero comun, pueden alcanzar, no solo al editor, responsable, sino tambien al firmante ó autor del artículo. Y preguntamos nosotros: ¿entonces, en qué han venido á parar tantas bellas cosas como se han dicho en el Congreso acerca de la firma del autor, suponiendo que no tenia mas objeto que buscar una responsabilidad moral, que conviniere al escritor y realizase al mismo tiempo su obra? ¿CÓMO se se compagina lo que hace pocos dias aseguraba en altas voces el señor Pidal, con lo que ayer nos dijo su compañero el señor ministro de la Gobernacion?

Con respecto al tercer caso, nos quedamos á oscuras. Si mal no comprendimos, el señor Nocedal, en vez de contestar lisa y llanamente, se entretuvo en demostrar que lo que se llama censura no es censura, sino la intervencion paternal de la autoridad para que los periodistas mal aconsejados no cometan delitos y tengan que habérselas con la justicia; porque el delito lo constituye la publicacion, pues de otro modo no se causa escándalo ni daño. Si despues de las paternales amonestaciones de la autoridad gubernativa el escritor se mantuviese en sus trece, se le entrega al tribunal competente, y aquí concluye la mision que podemos llamar administrativa. Esta fué, á nuestro juicio, la respuesta del señor Nocedal; y de ella se deduce evidentemente que una vez aceptada por el período la denuncia, la publicacion del escrito amonestado es de rigor; pues de otro modo, podría muy bien decir el tribunal: «El delito se cometió por la publicacion, no hay publicacion, luego no existe delito, y nada tengo que juzgar. Por lo tanto, no ha lugar á la peticion del fiscal».—Esto diría el tribunal, procediendo en justicia, como de seguro lo dirá si no se permite la publicacion del artículo denunciado. Por nuestra parte, no tenemos inconveniente en ser mas restrictivos que el mismo señor Nocedal; y no lo teme S. S. á chaurra, pues hablamos con toda formalidad. Nosotros no permitiremos la publicacion de lo denunciado, porque habra casos en que la libertad de decir ciertas cosas en momentos dados importe mucho mas cuando el que use de ella se proponga conseguir un fin que el valor de la multa. Lo mismo que nosotros pensamos de seguro el señor Nocedal; y por eso nos afirmamos de seguro y mas en que su obra es en muchos puntos incoherente y mal concebida, y que en ella se establece la censura previa.

«¿Que significa, sino, la anticipacion de dos horas con que el periódico ha de estar, antes de publicarse, en poder del fiscal de imprenta? ¿Es censura previa ó revision paternal, la que se establece para las novelas? Para este solo objeto puso el señor Bertran de Lis, en su decreto sobre imprenta, la censura previa, llamándola por su propio nombre, sin embargos, rodeos, ni subterfugios; pero el señor Bertran de Lis, que deseara ser lógico y consecuente, borró de la Constitucion el artículo 2.º, y así no resultaba concederse en la ley fundamental lo que en una particular se prohibia y penaba. Mientras no haga el señor Nocedal lo mismo, aparecerá violado el art. 2.º de la Constitucion que liberta á los españoles de la censura previa».

Pero entonces preguntaría el público: ¿á qué los comités con sus manifestos y circulares electorales? ¿A que la coaccion y la agitación contra la reforma constitucional del señor Bravo Murillo, de la cual formaba una parte muy esencial la reforma de la imprenta? Este podría ser negocio de pasion y de consecuencia; y como nosotros no firmamos parte de los comités, nada tenemos que decir acerca de él».

Acercas del discurso del señor ministro de Estado, hace nuestro colega observaciones tan acertadas, oportunas y contundentes como las que ven á oír nuestros lectores:

«Bastante mas nos ocurriria observar acerca de las respuestas del señor ministro de la Gobernacion, si el

tiempo no nos apresuramos para decir algo sobre las muchas cosas buenas que ayer oímos al señor Pidal, en cuyo número no se contentamos, ciertamente, las declaraciones de un señor descendido al hablar de la prensa, como si no hubiera hecho ni hiciera otra cosa que alzar la religión y el trono, hollar la santidad del hogar doméstico, y cometer otras demasías no menos vituperables. Pese en un orador vulgar, y en un auditorio de gente lego, esta clase de recursos, por instantes, pero en boca de un atleta parlamentario tan poderoso como el señor ministro de Estado, y ante una reunión compuesta de hombres de ciencia y experiencia, en verdad que nos causa lástima. ¿Y alguien, por ventura, que pretenda ni siquiera atenuar esos dellos? ¿No los castigan los decretos vigentes de imprenta? ¿Por qué, si se comenten, lo consiente el fiscal revisor y censor? Dejémoslos de argumentos pueriles, y vamos las cosas por el primer de la buena fe, según dice con frecuencia el mismo señor marqués de Pidal, como si la buena fe no fuera siempre la base de toda discusión. Cuando menos este juicio es el que nosotros tenemos formado de las que se refieren en el Parlamento. Si pensáramos otra cosa, nos ablandaríamos de escribir sobre ellas.

El señor marqués de Pidal arroja raudales de desden contra los periodistas (que sin embargo supieron defenderle noblemente en los días de persecución), y volvió a increpar también a los que esconden la cara y rehuyen la responsabilidad de la firma. Es lástima que su señoría haya necesitado vivir más de treinta y seis años entre el torbellino de la política, para llegar a descubrir, siendo ministro de Estado, la excelencia de un nombre puesto al pie de un escrito. ¿Y de cuándo acá ha sido esencial este nuevo engrane en el movimiento de la máquina parlamentaria, de la cual es su señoría tan hábil artífice? ¿Lástima que el señor Pidal no pueda predicar con el ejemplo, pues si allá en los años de 1820 al 1823, cuando escribía en el *Espectador*, y por cierto que el tal periódico no era moderado ni en sus doctrinas ni en su forma, como lo atestiguan sus ruidosas polémicas con el *Censor*, le hubiera dado la gana de firmar las lucubraciones de su modestia, ahora podría presentarnos como razón concluyente. ¿Y por qué no hizo lo mismo cuando publicó en el *Diario Español* sus célebres artículos apologeticos del programa de Manzanares? ¿En qué sabe si muchos moderados que entonces se abstinieron en que el susodicho programa era detestable, hubieran pensado de distinto modo al verlo defendido y encomiado por un hombre de tanta autoridad y de tan sana doctrina como el señor marqués de Pidal? Su señoría pensaba entonces sin duda de distinto modo que piensa hoy en cuanto a la firma; y tan así, que en las elecciones de 1851 llevó en esta parte su recato hasta el extremo de valerse del señor marqués de Campo Sagrado para decir a los electores lo que por sí y con su nombre no creyó por lo visto conveniente decirles.

Enhorabuena que el señor marqués de Pidal haya mudado de parecer: prudentes est mulare consilium. Enhorabuena que en cuanto a lo de la firma haya conseguido ver la luz después de cuarenta años de ceguera; pero ni este ni otros milagros mayores autorizan a su señoría para tratar a los periodistas tan desdenosamente, por no decir otra cosa peor, como lo hizo ayer su señoría. Debiera haber tenido presente el señor Pidal que no es de pechos fuertes enmascararse con los venenos. Cuando hay votaciones casi unánimes, están de más los sarcasmos.

En esta parte tenemos que tomar la defensa del dos veces académico y cien veces periodista y un millón de veces campeón de la libertad de imprenta, señor Pidal. Estamos en desacuerdo con nuestro apreciable colega *La España* respecto de las acerbas reconvencciones que dirige al primer secretario de Estado por sus violentas diatribas contra los escritores públicos. El señor marqués de Pidal tiene demasiada perspicacia y muy sublimado talento para conocer que la ira, el despecho, el sarcasmo, la virulencia y todos esos pequeños recursos oratorios que campean en sus eflorescencias y algún tanto balbucientes peroratas, son impropios, y a más de impropios, censurables, y a más de censurables, inconvenientes, y a más de inconvenientes, estúpidos, cuando parten de un hombre que peina canas y se titula primer secretario de Estado. Pero el señor Pidal se deja llevar de la ira y arrastrar por el despecho, y emplea el sarcasmo y la virulencia, y hace uso de otros recursos menudos de oratoria por la misma razón que tose un asmático y se retuerce un epileptico... porque no lo puede remediar: es cuestión de temperamento. —Perdonemos *La España* si nos hemos puesto en desacuerdo con sus apreciaciones. Amicus Plato, sed magis amica veritas.

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia las siguientes líneas que publicó anoche *El Leon Español* contestando a algunas observaciones del artículo anterior:

«La España comete hoy una equivocación asegurando que el señor ministro de la Gobernación ha dicho en el Senado que un escrito condenado por el tribunal de imprenta puede ser llevado en seguida al del fuero común, y castigado con arreglo al código penal: es decir, añade nuestro colega, que después de una multa que podrá llegar a 60,000 rs., quedan además las más graves penas corporales.

Nosotros, que hemos oído al señor Nocedal en el Senado, y que después hemos leído su declaración o respuesta en el extracto oficial de la sesión, podemos asegurar y aseguramos que no ha dicho semejante cosa: mas aun, que no se halla eso en la ley que han aprobado los dos cuerpos colegisladores, ni se puede de ella deducir directa ni indirectamente.

Lo que dijo el señor Nocedal en el Senado, contestando al señor Tejada, es lo mismo que había dicho en el Congreso, respondiendo al señor Santa Cruz. Es, a saber, que la nueva ley introduce de un modo claro, preciso y terminante la diferencia necesaria entre los delitos de imprenta y los comunes que se cometen por medio de la imprenta. Para los primeros, la garantía política, la ley especial, las penas pecuniarias, el tribunal de jueces presidido por un magistrado; para los segundos, el código penal, los procedimientos criminales de las leyes comunes, los tribunales ordinarios. Pero cuando el delito es de imprenta, no es común; cuando el delito es común, no es de imprenta: no hay, pues, dos juicios, dos penas, dos tribunales para un mismo caso. No hay tampoco excepción odiosa para los periodistas: si infringen el código penal, están sujetos a la jurisdicción, a la penalidad y a los procedimientos que están determinados para todos los subditos de S. M.; si solo infringen la ley de imprenta, tienen un procedimiento especial, un tribunal especial, se entienden las diligencias con el editor y son pecuniarias las penas.

Esperamos de nuestro apreciable colega, y si es menester se lo rogamos, que rectifique este error en que ha incurrido. Lo esperamos con tanta más razón, cuanto que *La España* se suele distinguir por la buena fe con que susenta sus opiniones y discute con todos sus adversarios.

Nos dicen de Sevilla que el día 8, a las siete de la tarde, fue pasado por las armas Antonio Romero García, perteneciente a la gabiella ficosa, y el primero de los aprehendidos por las fuerzas que iban en su persecución. Llevaba caballo, y además le fueron ocupados 5,000 duros de los robados en Utrera.

La comisión militar seguía funcionando, y se esperaban nuevas ejecuciones.

Las demás noticias carecen de interés.

Los despachos telegráficos publicados por *El Leon Español*, no permiten dudar ya de las tentativas de asesinato de que han sido objeto, casi al mismo tiempo en Nápoles el rey de las Dos-Sicilias, y en París el emperador de los franceses. A *El Leon Español* le dicen que el autor del atentado contra el rey Fernando, es un tal Antonio

Veneciano, natural de Messina, y sargento del regimiento de husares. Segundo regida salido de las filas de la milicia napolitana. El asesinato del emperador de los franceses, dice el mismo *Leon Español*, se enlazaba con un gran complot europeo que tenía ramificaciones en España, Italia y otras naciones, y de cuya conjuración Mazzini y revolucionaria han debido ser síntomas, sin duda, los acontecimientos de Andalucía, del Piemonte, de las Dos Sicilias y de Toscana.

Las correspondencias de París dicen, en efecto, que hace días habían sido presos dos romanos, ocultos en uno de los pajaros a donde solía ir el emperador Napoleón. Estos eran, por lo visto, los cómplices de Mazzini de que habla *El Leon Español*, y su conato de regicidio la señal que se esperaba por los revolucionarios europeos para dar el grito en día de las naciones.

Hablando de este asunto dice anoche *La Epoca*:

«Este meollo de idea de cuál sería hoy la situación de los pueblos del continente, si semejante crimen se hubiera realizado, desapareciendo de la faz de la Europa el hombre que puede decirse tiene en sus manos los destinos de la paz del mundo. Como nosotros miramos siempre al porvenir, como no creemos que el reposo de los pueblos pueda fundarse en la vida de un hombre, de aquí nuestros consejos constantes al gobierno de S. M. para que se estructure en derredor del trono constitucional y de los intereses sociales todas las fuerzas, todos los elementos, todas las adhesiones de aquellos hombres y de aquellos partidos que, en circunstancias críticas para la patria, lo mismo en 1818, que en 1834, que en 1856, han dado relevantes pruebas de que confunden en un mismo amor el trono de la Reina, las libertades del país y el orden social.»

El señor don Juan Bautista Trápala, director general de contribuciones, ha tenido la fina atención de remitirnos dos ejemplares de la *Estadística administrativa* que ha formado de la contribución industrial y de comercio.

Los datos que tan celoso y entendido funcionario presenta al público examen, hijos de un largo y constante trabajo, que le ha proporcionado todos los pormenores indispensables para apreciar debidamente la importancia de las industrias, comercio, artes y oficios, facilitan en gran manera el exacto conocimiento de todo cuanto se relaciona con las difíciles cuestiones referentes a la contribución de que se trata, y al mismo tiempo la introducción de las reformas convenientes que de tiempo en tiempo reclama tan importante ramo de la administración.

La publicación de tan interesante estudio, uno de los principales de la ciencia económica, honra sobramanera al señor Trápala, cuyo celo e inteligencia ha reconocido el gobierno de S. M. en real orden de 4 de mayo del corriente año, así como los reconocen todos cuantos tienen motivos para comprender los utilísimos trabajos del señor director general de contribuciones en el departamento de su cargo.

Nosotros le felicitamos por el que acaba de dar a luz, agradecidos a la par a la deferencia que hemos debido a su amable galantería.

Cartas de Inglaterra dan algunos detalles interesantes, si bien no todos desconocidos, sobre la permanencia de los señores duques de Montpensier en aquel país. SS. AA. llegaron el 25 de junio, procedentes de España, después de una feliz travesía, que solo duró dos días. Se hospedaron en Richmond en una magnífica casa a orillas del Tamesis con toda su familia y la servidumbre que les acompaña. La reina María Amelia ha dejado interinamente su casa de Claremont para pasar uno o dos meses en compañía de su hijo e hija política. En esta casa, de Richmond recibió el sábado 27 la visita de la reina Victoria, del príncipe Alberto, de la princesa real y del príncipe de Prusia, su esposo. S. M. y SS. AA. RR. visitaron también al duque de Montpensier y a la infanta, dirigiéndose a las seis a Wickenham, residencia del duque y de la duquesa de Anula.

Los duques pasaron el día 5 de julio a visitar a la reina de Inglaterra, al príncipe Alberto y a los demás individuos de la familia real. En la tarde del mismo día recibieron a la embajada española, al cuerpo diplomático residente en Londres, que asistió todo completo, incluso el embajador francés, Mr. de Persigny, con todos los dependientes de su embajada, y a varios españoles residentes en la capital. Por la noche asistieron sus altezas a un concierto que se dió en palacio, y recibieron los más espresivos agasajos de la reina y familia real, como también de la alta aristocracia inglesa. El 4 la duquesa de Kent, madre de la reina Victoria, pasó por segunda vez a visitar a los duques en su residencia de Richmond.

La empresa de canalización del Ebro, por causas independientes de su voluntad, ha aplazado para el día 19 del actual la inauguración del trayecto entre San Carlos de la Rápita y Maquinez.

La Memoria de Mr. Pereyre, presentada a los accionistas de la compañía del *Vediotia* de Francia, que ha causado la más grave sensación, es de sumo interés para España. Por ella se ve que, gracias a la concesión hecha de la vía del Pirineo a M. Pereyre, los ramales férreos de los Pirineos, minado por de pronto al Mediterráneo con el Océano, están destinados a dar un impulso considerable al desarrollo del comercio entre las dos naciones. Por Bayona los ferro-carriles franceses se pondrán en relación directa, no solo con las provincias Vascongadas y Navarra, sino con Asturias y las dos Castillas, y por Perpiñan con la industria catalana y las fértiles provincias de Aragón y Valencia.

Los sucesos de Andalucía en nada han influido en Cataluña. En todo el Principado catalán se goza de tranquilidad.

Hé aquí la definición que hace *El Parlamento* del periodismo, y por lo que debe quedar este muy reconocido al galante diario ministerial.

«El periodismo, siguiendo la vieja fraseología por él adoptada en la actualidad, es una explotación mercantil de la opinión y de las pasiones ajenas; un taller, donde se dilata la mentira, una tienda en la que se despacha el error, con la muestra y en provecho de tal o cual partido.»

No se dirá que el espíritu de clase ciega a nuestro bondadoso colega.

Leemos en *El Criterio*: «En nuestro número de ayer, y con referencia a nuestro correspondiente de Sevilla, decíamos que habían entrado en aquella ciudad algunos guardias civiles desarmados; lo que había causado muy mal efecto. Tenemos la mayor satisfacción en manifestar, según datos que nos han proporcionado, que la noticia es completamente inexacta, porque la facción republicana levantada en aquella provincia no ha desarmado ni un solo guardia, siendo, por el contrario, batida en todas

partes por los beneméritos guardias civiles, si quiera se encontrasen dos solos contra el crecido número de que se componía aquella.»

Hé aquí lo que dice *La Discusión* acerca de la prisión del señor Asquerino, de que ayer dimos cuenta:

«Según nos escriben de Sevilla, nuestro amigo el señor don Eduardo Asquerino, que llevaba ocho días en aquella ciudad, ocupado en un negocio urgente relativo a sus intereses particulares, fué trasladado el 7, en virtud de orden de la autoridad, desde su habitación a las prisiones militares. Varias personas principales de Sevilla, y todas de opiniones distintas a las del señor Asquerino, se presentaron inmediatamente al capitán general a responder de su inocencia, y a ofrecer todo género de garantías; acompañaron después al joven escritor hasta su encierro, y no le han abandonado un momento, porque se halla en comunicación. Cabalmente, apenas llegó a dicha ciudad el señor Asquerino, lo primero que hizo fué presentarse al gobernador civil, de quien recibió toda clase de seguridades.»

Leemos en la *Correspondencia autógrafa*:

«El gobierno se ocupa en estos momentos de la hoy bastante grave cuestión de Méjico. Se ha dicho anoche que nuestro pabellón había sido nuevamente insultado delante de Veracruz. Este hecho nos parece inverosímil, porque sabemos que nada ha dicho sobre el célebre capitán general de la isla de Cuba; pero sin esta circunstancia se puede calificar duramente al gobierno de Comodoro. Los asesinos de Tierra-Caliente, unos han sido puestos en libertad, y contra otros se sigue una larga serie de procedimientos. Susurra además en Méjico que Comodoro llamaba a Lafragua, como quien renuncia a toda clase de acomodamiento. El digno capitán general de la isla de Cuba, en tanto que prepara una fuerte expedición para castigar al cómplice y orgulloso gobierno de Méjico, ha perdido las tracciones al de Madrid, a que arreglar su conducta y sus iliberales operaciones.»

Nuestro gobierno, como decimos mas arriba, da hoy a este asunto una preferencia decidida, y no tardará en verse la prueba de que España es sufrida hasta que se la hiere en el honor nacional. Dicese con este motivo que en Cádiz están para zarpar para La Habana dos vapores de guerra de nuestra marina, el *Ulloa* y el *Pizarro*; los cuales, al mismo tiempo que las instrucciones del gobierno de Madrid para el general Concha, serán portadores de nuevas tropas, y pertrechos de guerra para la expedición contra Méjico, a la que indudablemente se lanzará España, si no recibe de aquella república una cumplida satisfacción.

Al tratar de la cuestión de Méjico, podemos desmentir, del modo mas terminante, que los vapores de guerra preparados en Cádiz, y cuya misión positiva se ignora, están encargados de llevar el ultimatum de España a la cuestión mejicana, ni al general que ha de sustituir al capitán general de la isla de Cuba, señor Concha; cálculos ambos, formados estos días por un periódico que suele por lo regular estar bien informado.

En virtud de reclamación del ministro plenipotenciario de España al gobierno de Washington, pidiendo que se le concedieran en los puertos de los Estados Unidos a los buques españoles procedentes de Cuba, los beneficios que respecto al derecho de tonelada disfrutaban en aquella isla los buques extranjeros que solo cargaban frutas, el ministro de Hacienda de aquella república ha dirigido a los administradores de las aduanas de la Unión, una circular para que en lo sucesivo traten a los buques españoles bajo el mismo pie que se tratan a nosotros en las posesiones españolas de los anglo-americanos.

Despacho telegráfico particular de la *Gaceta de Madrid*.—París 10 de julio de 1857.—S. M. la emperatriz salió ayer 9 para Plombières.—Se ha dismiguado 12 por 100 el interés que devengaban los bonos del Tesoro.—En Londres circulan noticias desfavorables de la India.

BOLSAS ESTRANJERAS.

Amsterdam 4 de julio.—Diferida, 25 1/16. —Esterior, 43 1/16. —Interior, 38 1/8. —Francfort 4 de julio.—Diferida, 25 3/8. —Interior, 37 3/4. —Londres 4 de julio.—Esterior, 40 1/2. —Certificados, 5 5/8. —Pasiva, 6 1/4.

PARTE OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

REALES DECRETOS.

Habiendo optado por el distrito de Madrid, provincia de Granada, el diputado a Cortes D. Manuel de Seijas Lozano, elegido también en el de Paeleáreas, en la de Pontevedra, vengo en mandar que se proceda a nueva elección en este distrito con arreglo a la ley de 18 de marzo de 1845 y su adicional de 16 de febrero de 1849.

Dado en Palacio a 10 de julio de 1857.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Cándido Nocedal.

Habiendo optado por el distrito de Madrid, provincia de Granada, el diputado a Cortes D. Manuel de Seijas Lozano, elegido también en el de Paeleáreas, en la de Pontevedra, vengo en mandar que se proceda a nueva elección en este distrito con arreglo a la ley de 18 de marzo de 1845 y su adicional de 16 de febrero de 1849.

Dado en Palacio a 10 de julio de 1857.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Gobernación, Cándido Nocedal.

Beneficencia y sanidad.—Negociado 4.º.—Circulares.

Dando la Reina (Q. D. G.) evitar en lo sucesivo todo pretexto o interpretación o duda para la pronta aplicación de lo preceptado en el párrafo tercero del art. 18 de la ley de 28 de noviembre de 1855, se ha servido resolver, de conformidad a lo contenido en el complot de sanidad, que se sujetó al trato de patente social la que expedida en el extranjero carezca de la legalización del cónsul de España en el punto de partida o de alguno de los inmediatos, si no la hubiere en el punto de donde el buque proceda; y que a igual tratada nuncio sanitario sea sometido todo buque en cuya patente se adviertan irregularidades o defectos esenciales que den margen a sospechar fundadamente ocultaciones e inexactitudes de trascendencia que puedan perjudicar la pública salubridad.

De real orden lo comunico a V. S. para su inteligencia y cumplimiento, siendo la voluntad de S. M. que esta deliberación se publique para evitar todo ulterior perjuicio al comercio y los navegantes. Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid 8 de julio de 1857.—Nocedal.—Señor gobernador de la provincia de...

Entiéndase la Reina (Q. D. G.) de la consulta elevada por el gobernador de la provincia de Pontevedra, acerca de si deberán someterse a desgrava y espurgo la suela y baqueta, que conducen los buques, se ha servido resolver, de acuerdo con lo informado por el consejo de sanidad, que no estando dichos artículos comprendidos entre los enumerados como contumaces en el capítulo 9.º de la ley de 28 de noviembre de 1855, no se sujeten a las operaciones para estas prescripciones. De real orden lo comunico a V. S. para su inteligencia y efectos consiguientes, debiendo dar publicidad a esta

disposición por lo que pueda interesar al comercio. Dios guarde a V. S. muchos años. Madrid 8 de julio de 1857.—Nocedal.—Señor gobernador de la provincia de...

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

La Reina (Q. D. G.), en despacho del día 3 del actual, se ha dignado nombrar, para los curatos vacantes que a continuación se expresan a los sujetos siguientes:

Diócesis de Valencia.

Para el de San Valero de Rozafa a D. Agustín Gallana.

Para el de Altea a D. Mariano Belver.

Para el de Santa Maria de la ciudad de Alcoy a D. Lorenzo Belenguer.

Para el de Benlén a D. Andrés Frances.

Para el de Buñol a D. Vicente Montagut.

Para el de San Roque de la villa de Oliva a D. José Bivioguer.

Para el de Villar del Arzobispo a D. Francisco Bonda.

Para el de la Península a D. Pascual Fenoll.

Para el de Sinat de Valldigna a D. Rafael Perez.

Para el de Agullent a D. Jaime Casanova.

Para el de Godelleta a D. Miguel Ferrer.

Para el de Ricorp a D. Pedro Daró.

Para el de Montaverner a D. Carlos Giso.

Para el de Benimantell a D. Carlos Jordá.

Para el de Chelva a D. José Gimeno.

Para el de Geta a D. Francisco Martínez.

Para el de Tarbena a D. Juan Bautista Grau.

Para el de Beniarda a D. Vicente Marco.

Para el de Gurga a D. Vicente Nicolás Alfaro.

Para el de Montroy a D. Salvador Esteve.

Para el de Montañés a D. Agostín Mas.

Para el de Pareset a D. José Tarazona.

Para el de Real de Montroy a D. Francisco Fós.

Para el de Espadilla a D. Antonio Pavía.

Para el de Sallán a D. Antonio Rondá.

Para el de Balones a D. Manuel González.

Para el de Polina a D. Fernando Ortolá.

Para el de Benisvía a D. Pedro Juan Martínez.

Para el de Toga a D. Ricardo Monte.

Para el de Venafayó de Valldigna a D. José María Perez Melgarejo.

Diócesis de Teruel.

Para el de Mora de Rubielos a D. Miguel Alegre.

Para el de Aguilar a D. Juan Gasca.

Para el de Lidoñ a D. Juan Yago.

Para el de Consop a D. Alejandro Abril.

Para el de Villavieja Baja a D. Antonio Muñoz.

Para el de Rubielos a D. Antonio Ferrer.

Para el de Villarequedado a D. José Morad.

Para el de Fuenfiché Alto a D. Manuel Perez.

Para el de Peralejos a D. José Eloy.

Para el de Cijuela a D. Mateo Gómez.

Para el de Escriché a D. Manuel Novella.

Para el de Campos a D. Mariano Martín.

Para el de Camoñas a D. Blas Marín.

Para el de Cuba a D. Miguel Pascual.

Para el de Valadocch a D. Joaquín García.

Para el de Condevalleda a D. Francisco Sanz.

Para el de Cabra a D. Manuel Noguera.

Para el de Corbalán a D. Joaquín Blasco.

Para el de Gamacena a D. Pedro Antonio Pumar.

Para el de Jarque a D. Ambrósio Herrera.

Para el de Peralas a D. Remundo Torres.

Para el de Mezquillo a D. Juan Agustín Navarro.

Para el de Valdeobispo a D. Gregorio Torres.

Diócesis de Gerona.

Para el de San Pedro Pescador a D. Narciso Sureda.

Para el de San Privat de Bas a D. Esteban Plana.

Para el de Sotillas a D. José Torrell.

Para el de Sors a D. Cayetano Ros.

Para el de Tragara a D. Pedro Sabater.

Para el de Llastri a D. Buenaventura Lapedra.

Para el de Fortis a D. José Sagú.

Para el de Brúola a D. Miguel Camps.

Para el de Algama a D. Pedro Escaró.

Para el de Lliava a D. Martín Garrigós.

Para el de Clotors a D. José Coll.

Para el de Balós a D. José Praxa.

Para el de Pradit a D. Félix Vidal.

Para el de Rellorist a D. Juan Colomer.

Diócesis de Avila.

Para el de Velayos a D. Agapito Martín.

Diócesis de Granada.

Para el de las Angustias de Granada a D. Joaquín Romero Saavedra.

Para el de El Salvador de id. a D. Florentín Ruiz Bravo.

Para el de San Matías de id. a D. Luis Antonio Carrillo.

Para el de Almuñecar a D. Francisco de Paula Urbano.

Para el de Gáivias a D. Joaquín Jaraba.

Para el de Guálchos a D. Agustín Fernandez Gabres.

Para el de Cogñillos a D. Antonio Mesa y Benillo.

Para el de Cúbar y Barja a D. Domingo del Piñar.

Para el de Albite a D. José Ruiz Ortiz.

Para el de Almoratés a D. Nicolás Fernandez Pané.

Para el de Huélor Cajal a D. Joaquín Sandoval.

Para el de Bas a D. Manuel Arceya.

Para el de Arenas y Jalar a D. Diego Lopez Caracuel.

Para el de Huélor-Santillán a D. José Rodríguez Palma.

Para el de Zagra y Fuentes del Cessar a D. Francisco Moreno O. duñez.

Para el de Salobrenza a D. José Cuevas Diaz.

Para el de Mairena y Jubar a D. Ricardo Ortiz Utrán.

Para el de Pampaneira a D. José Rodríguez Lizana.

Para el de Alfacar a D. Miguel R. delgado Garrido.

Para el de Asquerosa a D. Diego de Toro.

Para el de Huélor Tajar a D. Manuel Perez Carriel.

Para el de Boral a D. Elías Cildas.

Para el de Cozfar a D. Agustín Jimenez.

Para el de Comar a D. Justo García Herrans.

Para el de Cardenas a D. Isidro Gomez Alonso.

Ocupando la tribuna el señor conde de Campo-Alan-
do, leyó el dictamen de la comisión relativo al pro-
yecto de ley aprobado por el Congreso de los dipu-
tados sobre el ferrocarril de Reus a Montblanch.

Acto continuo ocupó la refrendada tribuna el señor
Santillán y leyó también el dictamen relativo al pro-
yecto de ley aprobado por el Congreso de los dipu-
tados sobre aprobación del presupuesto del año actual,
y varias medidas económicas.

El Sr. PRESIDENTE: Estos dictámenes se imprimirán
y repartirán á los señores senadores, y se señalará
un día para su discusión.

El Sr. COLLAO: Pido la palabra, señor presiden-
te, si es que hay cabida, para hacer una observación
sobre ciertos términos que el reglamento establece pa-
ra la discusión de este proyecto de ley, que envuelve
los presupuestos y además otras disposiciones, cada
una de las cuales puede ser objeto de un proyecto
de ley.

Yo, señores, admito y aulo la gran capacidad de
los señores que componen la comisión cuyo dictamen
acaba de leerse, puesto que en 24 horas han recono-
cido un cúmulo de espeditos, en el cual están com-
prendidos los objetos que antes he indicado. Yo por
mi parte, en medio del deber que tengo de examinar
este expediente, no me reconozco con esa gran capaci-
dad; y de consiguiente necesito, no las 48 horas que
el reglamento previene, sino algún tiempo más; por-
que el Senado conocerá que todas las disposiciones que
contiene son de gran importancia, y que todas y cada
una de ellas son de tal índole, que no pueden exami-
narse en un corto tiempo. Por esta razón recurro á la
indulgencia del Senado, y le ruego que, si es posible,
conceda un término mayor al de las 48 horas que de-
termina el reglamento después de repartido el impres-
so, las cuales principiarán á correr desde esta noche,
ó desde mañana por la mañana.

El señor duque de SEVILLANO: Pido la palabra.
El Sr. PRESIDENTE: El reglamento no permite en
este momento las observaciones que S. S. ha hecho,
observaciones que podrán ser muy oportunas en su
día, cuando se trate de entrar en la discusión de ese
proyecto de ley, á saber: el de la instrucción, y esto
no puede continuar así.

¿Es sobre eso sobre lo que V. S. ha pedido la pa-
labra, señor duque de Sevillaño?

El señor duque de SEVILLANO: Sobre eso.

El Sr. PRESIDENTE: Pues suplico á V. S. que sea
muy breve, porque estamos completamente fuera del
reglamento.

El señor duque de SEVILLANO: En apoyo de lo
que dice el señor Collado, añadiré que el Congreso no
ha ido en este asunto con tanta precipitación, por-
que allí había una votación, consistente en tener una co-
misión de presupuestos, en la cual se había ocupado ya de
ellos algún tiempo, si no todo el que hubiera sido de
desear, por lo menos el suficiente para formar una
idea de ellos. Pero señores, cuando allí ya han da-
do una opinión sobre esto; cuando se ha visto el resultado
de la votación, y cuando esto se halla ya resuelto por
el cuerpo, ¿por qué por su indecisión está más llama-
do á resolver sobre estas cuestiones que el Senado, que
los hemos comprendido que no podíamos en manera
alguna, en las circunstancias en que nos encontramos,
dejar de dar nuestro dictamen en conformidad con lo
que se ha hecho en el otro cuerpo colegislador, mi-
rando este negocio, no tanto como un examen de pre-
supuestos que hemos de reconocer, sino como unas
disposiciones que el gobierno se ha visto en la pro-
posición de adoptar en momentos críticos, y que ahora
es preciso re-examinar.

De este modo, bajo este principio, por estas ra-
zones que acabo de manifestar, es como la comisión
se ha resuelto á emitir el dictamen que se acaba de
leer.

El Sr. PRESIDENTE: Todas esas reflexiones serán
muy buenas para cuando se discuta esa cuestión. Que-
da terminado este incidente, pues sobre este asunto no es
posible ahora discutir más.

El señor marqués del DUERO: Pido la palabra, señor
presidente.

El Sr. PRESIDENTE: No siendo sobre ese particu-
lar, tiene V. S.

El señor marqués del DUERO: Desearía que la me-
sa leyese el artículo 152 del proyecto de ley sobre
quintas, que formó el Senado el año 1850, y el artícu-
lo 159 (me parece) de la ley de quintas de 1855, en el
que se previene que cuando el gobierno presente los
presupuestos debe presentar igualmente un estado del
número de quintos redimidos, del número de susti-
tos, y la cuenta final relativa á esas partidas. Desearía
también que la comisión, si le es posible, manifesta-
se sobre este estado, si esa cuenta que debe presentar
el gobierno, acompañan al presupuesto del año ac-
tual.

El Sr. PRESIDENTE: Señores, yo no puedo permi-
tir que esto continúe. La primera concesión ha dado
lugar á que se extravía la cuestión. No hemos reunido
para tratar de un asunto que está á la orden del día,
asunto consistente en las bases sobre el proyecto de
ley de instrucción pública. Lo que S. S. han dicho
será muy bueno y se hará en su lugar cuando se entre
en la discusión del presupuesto general, pero no aho-
ra; así, pues, se tendrá presente todo eso, y allí se
podrá contestar.

Orden del día: discusión del dictamen sobre el pro-
yecto de ley de instrucción pública.

El Sr. TEJADA: Señores, es verdaderamente sen-
sible que negocios de tal importancia como tiene el
que va á ocupar la atención del Senado, se presenten
sean tomados en consideración, se discutan y se resuelvan
cuando la situación del Senado, por la estación, es la
que todos conocemos; cuando tan cansado está ya de
estas discusiones; cuando tan reducido es también el
número de señores senadores que pueden tomar parte
en resoluciones de tan alta importancia.

Es tanto más sensible esto, cuanto que se trata de
un proyecto que no tiene el carácter de urgente, y que
siendo uno de aquellos negocios que afectan á la base
fundamental de la sociedad, no debe ser tratado con
precipitación, y pudiera haberse suspendido esta dis-
cusión para otro período legislativo, y resolverlo en
tonces con el conocimiento completo del mismo nego-
cio. Además, no estoy conforme con la forma de la
que se presenta este negocio: es decir, la de autoriza-
ción, que sólo debe usarse en casos urgentes y de con-
flicto, en los cuales puede tal vez prescindirse del re-
glamento y de la solemnidad de la discusión, que es
una de las principales garantías del acuerdo, y lo que
da importancia y verdadera importancia á los cuerpos
colegisladores. Pero respecto á una ley de instrucción
pública, no comprendo la necesidad absoluta que justi-
fica la autorización, que siento tanto más, cuanto
que este sistema veo que paulatinamente va convirtiéndose
en una especie de corrupción legislativa que altera la
indole de estos cuerpos, privándolos de la importancia
que adquieren en la pública discusión de los negocios
del Estado.

Otra consideración también sensible para mí, es que
la autorización se pide para planear una ley tan gra-
ve, tan complicada, que no bajará de 100 á 200 artí-
culos los que contiene, y solo se nos presenta, como
muestran lo que la ley puede ser, un cúmulo de ba-
ses, que después de haberlas examinado, no las en-
cuentro bastantes para formar juicio; antes bien, las
hallo tales, que en vez de poderse formar leyes esen-
cialmente diversas, se hubiera economizado un tiempo
precioso si, en vez de presentar una ley, se hubiera
presentado la ley completa, pues del modo que se
ha hecho habrá que discutirla á las veces; ahora para
la autorización, y después cuando venga la ley com-
pleta.

Si se dice que este es un voto de confianza, respon-
deré que por mis principios detesto los votos de con-
fianza; así como los de censura; pues en puntos tan
fundamentales, los votos que se necesitan son votos
de conciencia, y no votos lanzados con precipitación
y dados á la confianza.

Además, examinando esas mismas bases, he encon-
trado en ellas un motivo poderosísimo que me recae
de aprobarlas, como no se hiciera alguna modificación
sobre un punto esencial, del que voy á ocuparme.

Los españoles, en ningún proyecto de instrucción
pública, podemos olvidarnos de la constitución social
que vivimos muchos siglos há. La constitución social
de España, es vivir bajo la dominación de dos poderes
independientes entre sí, que tienen sus doctrinas, su
ciencia, su competencia, su ministerio, sus facultades,
y sus medios legislativos y coercitivos para la obser-

vancia de sus dogmas y preceptos; en una palabra,
dos poderes, que son en verdad en su complemento
doctrinal, legislativo y ejecutivo, los signos caracte-
rísticos de dos grandes direcciones en el complicado
espejo de la vida humana.

Esta es una verdad innegable, estos dos poderes
constituyen en España y en todas las naciones católi-
cas dos sociedades, con sus medios, con sus facultades,
con sus deberes, con su ministerio; pues vivimos en dos
sociedades simultáneas, una la iglesia, otra el estado,
como he dicho, con sus leyes, con sus doctrinas, y
con sus diversos ministerios.

Y tratándose de la enseñanza, que abraza, la doc-
trina y preceptos de ambas sociedades, las autoridades,
asi, eclesiásticas como seculares, deben concurrir den-
tro de su órbita respectiva, á llevar á efecto cada una
por sus medios la ley de instrucción pública.

Y así como es justo que la sociedad civil enseñe to-
do lo que es concerniente y relativo á sus necesidades,
así también la iglesia, en todo lo que se refiere á su
doctrina y preceptos, debe tener, como sociedad consti-
tuida, el derecho de intervenir en todo lo que sea re-
lativo á sus altas fines. Pues bien, señores; como el Se-
nado habrá visto, en todo el proyecto que se ha sometido
á discusión no hay ni una palabra de lo que corres-
ponde á la justa intervención que en él debe tener
la iglesia, tanto en lo notable, cuanto que vivimos en
una sociedad cristiana.

He sentido además mucho, ver en el proyecto dos
omisiones referentes á la primera enseñanza; pues la
segunda y la tercera, son casi ese sustitución pro-
prias del poder civil. Y si bien esto debe tener dentro de
su competencia toda la extensión posible, también es
justo que en el proyecto de ley se sancione la exclu-
siva competencia de la iglesia para dirigir la enseñanza,
en todo lo que es propio de la sociedad religiosa, tan
decisiva por su influencia, y saludable en la instrucción
primaria. Y nada veo en verdad en el proyecto,
de ese poder que debe formar la juventud y los senti-
mientos de todos los españoles.

Estas son las principales razones, señores, porque
no puedo dar mi aprobación á estas bases.

El Sr. ARRAMOLINO (de la comisión): No sé si
es para mi fortuna ó desgracia el contestar á mi amigo
señor Tejeda. Creo que es fortuna, porque ambos
miramos las cosas casi de la misma manera; pero temo
que sea desgracia, porque no acierte á corresponder
enteramente á la confianza de mis compañeros de co-
misión.

S. S. ha comenzado lamentándose de la época y las
circunstancias en que se ha traído á discusión este pro-
yecto; pero la comisión nada tiene que ver con eso;
no ha hecho más que cumplir con su deber, dando su
dictamen sobre el proyecto que se presentaba á su de-
beración.

Ha entrado después S. S. en una observación algo
más grave, cual es la falta de intervención de la igle-
sia en la enseñanza; falta que, supone S. S. que existe
en el proyecto presentado. Espero que S. S. se tran-
quilizará al ver los esfuerzos que tanto el gobierno co-
mo la comisión han hecho para dejar garantido este al-
to principio.

En el preámbulo del proyecto presentado por el go-
bierno de S. M. se da eso por sentado, y no podía me-
nos de suceder así, estando consignada en las disposi-
ciones canónicas la intervención que la iglesia ha de
tener en la enseñanza.

Otra observación ha hecho el señor Tejeda, relativa
á que hay en su concepto, una omisión en el proyec-
to, sobre la intervención de la iglesia en el consejo de
instrucción pública. La respuesta la encontrará S. S.
en el siguiente párrafo que ese mismo proyecto con-
tiene. Dice así: (S. S. leyó.)

También ha echado de menos S. S. que no se reco-
miende, que se procure enseñar el ejercicio de la en-
señanza pública en los establecimientos religiosos.
Pues qué, á las individuos en ellos encargados del
magisterio de todos, ¿no se les exige de todas las
pruebas que á cualquiera otra persona se le exigen?

Quisiera el señor Tejeda que fuese exclusivamente
pública la enseñanza, como si fuera posible impedir
que enseñen á sus hijos el padre de familia dotado de
suficiente capacidad. Pero esto no es la enseñanza do-
méstica, que el mismo proyecto coloca también bajo la
inspección del gobierno, de la iglesia y del Estado.

En cuanto á la declaración consignada de que el mi-
nistro de Fomento es jefe supremo de la instrucción
pública; debo decir que era preciso hacerlo, para evi-
tar que anduviera como hasta aquí, de uno á otro mi-
nisterio. Se declara pues, al ministro de Fomento jefe
de la enseñanza. Pero ¿cómo? En el orden civil, por
que las tareas eclesiásticas corresponden al ministe-
rio de Gracia y Justicia. Los sentimientos confesionales
tienen un plan de estudios con acuerdo de ambas po-
testades, el cual prueba bien que las ciencias sagradas
nunca estuvieron refrendadas con las ciencias profanas,
como lo prueba la historia de la iglesia. Así, pues,
existiendo ese acuerdo de ambas potestades respecto
á la instrucción de los seminaristas y eclesiásticos, no tie-
nda de extraño que se diga que el ministro de Fome-
nto es en el orden civil el jefe supremo de la en-
señanza.

Creo haber contestado á las observaciones del señor
Tejeda, y espero que el Senado no tenga inconvenien-
te en dar su voto favorable á la autorización que se
discute.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión
por no haber el número de 40 señores senadores que
exige el reglamento para tratar asuntos de ley. Si hay
algún negocio pendiente, el señor secretario se servirá
dar cuenta de él.

Se leyó el siguiente proposición:

«P. opongá al Senado que acuerde pedir al gobierno
la liquidación que se haya hecho del empréstito de
300 millones, á fin de tenerla presente en la discusión
del proyecto de autorización para la ejecución del pre-
supuesto».

Palacio del Senado 11 de julio de 1857.—Manuel
Cantero.

Acto continuo, y habiendo ya suficiente número de
señores senadores, dijo

El Sr. PRESIDENTE: Es primera lectura. Continúa
la discusión: El señor Esteban Calderón tiene la pa-
labra en contra.

El Sr. ESTEBAN CALDERÓN: Dicen los árabes
que la verdad bota los ojos para ir á parar á los hom-
bres, y que cuando estos vienen los echaba en cara sus
errores y perfidias, le van de ira la diestra muerte, la
quemaron, y aventaron sus cenizas. Sin embargo, los
partidarios de ella, buscando sus átomos, han sido
organizarlos y presentar algo que se la parezca. Pero
en el punto en cuestión, todo el mundo trata de buscar
la verdad, y todos creen hallar errores en las teorías
de los demás. Pero hay la diferencia de que yo puedo
tener mis laboriosidad que las escuelas que quieren ca-
minar á galope para buscar la verdad. Llevar una
cuestión de tanta importancia como la instrucción pú-
blica á caballo tendido, en que se cifra, á mi parecer,
la desgracia ó felicidad de los pueblos, no lo creo con-
veniente.

Desde que tengo uso de razón, siempre he creído
que son dos los puntos importantes que hay que tratar
en el país: el ejército, que es lo presente, y la ins-
trucción pública para la dirección futura de las ideas;
el ejército para el presente; la instrucción pública para
las inmensidades del porvenir. Y sin embargo, toda-
vía es mucho mayor la importancia de la instrucción
pública, que acompañar al hombre desde que nace has-
ta el sepulcro. En punto á la política, no sé cómo lo
que sea después. El dado va corriendo, y el que echa
hoy semillas, mañana dará áyes; y el que hoy se ayuda
con pares, mañana se perderá con noyes.

Lo que es gavi en dos años, se pierde por mala di-
rección, por inestabilidad ó por imprudencia, en un solo
día. Pero la instrucción pública, cuando se dirige con
libertad, sabrá muy bien todos los que puede reco-
rder los desastres y reverses de la fortuna, y puede ase-
gurar la suerte de los pueblos, sirviendo de fana para
el espíritu.

Por eso, señores, me abstuve de tocar en la cuestión
de fuerza pública, sin embargo, de que por mi
calidad de senador tenía títulos para ello; pero por
otra parte, como en estas cuestiones no debe haber de-
bate, me callé y me reservé tomar la palabra para otro
tránsito; mas en la de instrucción pública, ¿cómo no había
yo de dejar de tratar un asunto de tanta importancia?

Todas las personas que, hemos arrastrado bayetas
por las universidades, tenemos una obligación de cierta
especie, de piedad por aquellos ámbitos donde he-
mos recibido la instrucción primera, las nociones de lo
bello y de lo justo, por nuestros maestros que con tan-

ta fatiga nos han imbuido esas nociones, de ocuparnos
de este asunto; y mirarlo con una especie de desaire,
sería hasta una profanación.

Yo, señores, siguiendo el mismo método que pre-
senta el proyecto de ley, me haré primeramente cargo
de la instrucción primaria, aunque muy ligero, por-
que es tan vasta la materia, que si la hubiéramos de
describir con amplitud, llegaría al día de la navidad y
aun no la habríamos concluido. Nadie puede dudar la
importancia de la instrucción primaria, que proporcio-
na un consuelo en los días aciagos de la humanidad,
y que es un consuelo para las clases menesterosas par-
ticularmente. Es una especie de maná presente y de
medicina futura, que debe suministrarse de modo que
se infunde en el corazón, y que deposite en la intelligen-
cia las sanas doctrinas, para evitar los efectos de las
malas.

Sabemos lo que pasó en Francia cuando sobrevino la
revolución de 1848, y las observaciones que los perió-
dicos hicieron: se vio que los maestros de primeras le-
tras, formados por un medio primitivo allí, aunque co-
piado por nosotros, porque lo que se hace es lo que
viene ya formado de Francia, y precisamente se sabe
que los maestros de escuela son allí los cate-
dráticos de la democracia social, siendo los que enseñan
el latín y los elementos de religión todo lo contrario; y
preciso es que los encargados de las cosas públicas lo
tengan muy en cuenta, para evitar los males á que
puede dar lugar, y á que dá efectivamente. Ahora
bien, ¿qué seguridad se da con respecto á esto, en este
proyecto de instrucción primaria? No es fácil saberlo.

Se ha dicho en el curso de este debate, que esto era
necesario encargarlo á la religión; porque, señores, es
preciso decirlo así con toda claridad: es preciso que los
escuelas pudiesen por todas partes, y si esto no puede
ser, mejor es entregarlos á las mujeres, porque no son
los hombres los más á propósito para encargarse de la
instrucción primaria.

Sobre esto de la instrucción primaria, tengo que ha-
cer una observación al señor ministro, que creo muy
importante.

Se dice que la instrucción primaria sea obligatoria,
y que en esto no se ha examinado bien los incon-
venientes que puede llevar consigo, porque esto es
dejar sujetos á los padres, no solo á la lección del ma-
estro, sino que también á la del alcalde y del alguacil,
que van á examinar si el hijo ha estado en escuela.
La otra parte, en lugar de ir á la escuela, veo esto ade-
más innecesario, porque nada más fácil, de propósito
que pedir al padre esa cuenta, cuando nada está más
interesado que en encontrar que su hijo se halla en
disposición de ocupar la mejor posición posible, pro-
porcionando los conocimientos que sean necesarios.
A qué, pues, echar al padre de familia esa nueva
obligación? Si el padre conoce que el maestro enseña
mal doctrinas á su hijo, ¿por qué sujetarlo á tamaña
sanción?

Estoy seguro que esta obligación la encontrará en
Francia, y que estamos importando de allí en este
punto, todo lo que allí ha producido las revoluciones,
y lo que las produjeron igualmente, sino se rectifica
la opinión y se conoce alguna vez el abismo que se
está abriendo.

Voy, señores, á ocuparme del profesorado. El pro-
fesorado en España ha sido siempre (y no hay más que
ver las leyes de las partidas) una cosa tan importante
y respetable, que podían aspirar á ser ricos, honores,
y títulos de Castilla. Siempre se les ha tenido gran
consideración; yo mismo cuando era estudiante, sentía
no ver á mi maestro con todo el esplendor debido, al
menos con todas las comodidades que su saber y sus
servicios requerían. Pero el profesorado no exige eso
solo; deben tenerse los sentimientos de amor filial que
corresponden á su paternal solicitud. Aquí hay un se-
ñor senador que me escuchó, y que no cito por no
ofender su modestia, el cual ha pasado por todas las
graduaciones del poder. Pues bien, yo apelo á S. S. pa-
ra que diga si todas las adiciones, todas las demo-
straciones de afecto y hasta de servilismo que se le han
hecho, le han sido jamás tan gratas como las que recibía
cuando solo iba de su casa á la universidad y de la uni-
versidad á su casa, acompañado de treinta ó cuarenta
discipulos que esperaban de sus labios, la palabra de la
verdad, el roto del saber.

Hay, señores, espectáculo no se presenta á
nuestros ojos; hoy los discipulos no tienen en tanto á
sus maestros. Verdad es que hoy suele buscarse en el
profesorado el medio de ganar dinero, de aumentar sus
gastos. Así se ve, señores, que se obliga á los estudian-
tes á comprar para leer los libros escritos por sus ca-
tedráticos, sean ó no los más á propósito; así se ve
también que al niño siguiente se les haga comprar la
segunda edición, que no es más que la primera, sin
corrección ni aumento ninguno.

Respecto al profesorado, yo quisiera que se creara
una dignidad que se considerase como el premio debi-
do á muchos y muy buenos servicios; que se conside-
rase como el premio de la sociedad á una persona que
ha gastado toda su vida en instruir á la juventud. Ad-
quisitivamente habla otro modo lo que no diré que sea me-
jor que el actual, pero que sin embargo, lo dejó á la
consideración del señor ministro de Fomento y de las
personas competentes. En aquellos métodos había sus
ventajas.

De consiguiente, esa especie de condenación de la
enseñanza del siglo pasado, que he visto en aquellos
catequistas los habia conculcado, y conculcado sea de
todas las postas del señor Molander, Valdes, catequista
de los humanistas de la universidad de Salamanca.
Ahora se quiere otra cosa; yo no me opongo; pero di-
go que los profesores de un tiempo nunca hubieran
sufrido la humillación de los de hoy, que vienen á ser
una especie de tambores mayores al lado de los jueces
de administración ó rector que el gobierno quiere
nombrar, y para lo cual basta haber cumplido 25 años,
y con esto se le confiere una investidura igual á la de
un capitán general respecto al ejército.

Pero volviendo á la cuestión de las universidades
antiguas, digo que no se puede llevar en presencia
estas manifestaciones respecto á aquellos estableci-
mientos. Se dice que en aquellas universidades no se
enseñaban más que barbaridades: que la teología era
la ignorancia, no era más que la ignorancia de las cau-
sas y los efectos; en metafísica dialéctica, una serie de
despropósitos incomprensibles; en medicina, nada más
que poner cuatro recetas; y en legislación, el farrago
más indigesto que se ha conocido. Ahora es otra cosa:
se explica todo lo que se escribe en Francia,
en Inglaterra, en Bélgica, en Alemania, en Prusia,
etc.

Y yo pregunto si desde que saquémos el yugo de la
antigua escuela acá, se han formado hombres mas
eminentes que los que se educaron, por ejemplo, en la
antigua universidad de Salamanca, en la cual había
una gravedad magistral, desconocida hoy, puesto
que ahora un catequista, con su ropón escolar y todo,
se va haciendo el *salame* á un delegado del gobierno.
No es así? ¿Se hubiera hecho en un tiempo, es no lo
hubieran consentido los maestros que yo tuve en el
clauso universitario, en donde se aprendía mas liber-
tad que en todas esas reuniones políticas, de cualquiera
dominación que sean.

«Pero qué saber, qué conocimientos en aquellos ca-
tedráticos, ¿pocos de ciencia al propio tiempo que tes-
sors de piedad y de modestia!»

El P. Sancho Sobrino, que en su viaje de Granada
á Lisboa hizo un libro que es una margarita para los
inteligentes: el P. Gordero, que á pesar de expresarse
en latín, y que nosotros éramos adolescentes, parecía
estábamos oyendo en sus labios la relación de Pablo
y Virginia, ú otro libro del mayor entretenimiento.

Además, señores, en la monarquía de Asturias, y sin
embargo de que entonces la educación estaba muy ol-
vidada, porque el pelear era entonces primero que es-
tudiar, tenemos los cronicones de Lampiro, el monje de
Silos, Alonso el Magno y de otros muchos escritores,
y bajo este punto no tenemos que envidiar en nada
á los escritores de aquella época. En cuanto
pasamos el Duero se establecieron los estudios de Pa-
lencia y Salamanca; se estableció de tal manera, que
Alfonso el S. b. pudo formar con los hombres que allí
se formaban, las célebres Partidas, y la crónica gene-
ral, y otras obras.

Señores, mucho es tener una buena ley de enseña-
za; mas debo declarar que, en mi concepto, no ha
habido ninguna ley de instrucción pública mejor que
la que se dio en 1821, creo que cuando presidente de
las Cortes el señor Moscoso de Altamira. Yo habia
adoptado esa ley; pero ¿por qué la borrar á la teología
de las universidades? ¿Es acaso porque la teología
puede influir en las otras enseñanzas? La teología no

puede de ninguna manera producir esos resultados.
¿Es acaso porque la teología tema luchar en las uni-
versidades con los conocimientos profanos? De ningu-
na manera; la teología tiene medios para salir triun-
fante de todas esas luchas.

Me he fijado hasta cierto punto en la especie de de-
serción que ha hecho de las universidades la teología,
y aquí debo hacer un elogio de los progresistas, por-
que en tiempo del señor Fuente Andrés se dio un de-
creto devolviendo la teología á las universidades.

Me he ocupado en globo de la cuestión, porque es
vasta; ruego al señor ministro de Fomento que en la
primera ocasión que tenga nos explique su idea, que
hasta ahora está muy embrollada.

Se propone en la ley que para obtener una cáte-
dra se haga oposición, mediante á haber recibido ciertos
grados; para mí creo que bastaría con la protesta de
recibidos dentro de un tiempo determinado, porque de
otro modo se ejerce una especie de monopolio, en per-
juicio de los que no han podido obtener tales grados
por su pobreza; y no encuentro ni tiro para que, por
ser pobres, se les separe de la ciencia y de las carre-
ras que pueden contribuir á su engrandecimiento.

El Sr. OLIVAN (de la comisión): Cuando entré en el
salón, estaba el señor Esteban Calderón relatando un
cuento árabe, y decía (no parece) que la verdad se ha-
bia hecho amigos, y que en vano trataban de reunirse
las moléculas. Yo creí que el señor Esteban había
logrado recogerlas, y que nos presentaba la verdad;
pero han sido defraudadas mis esperanzas.

El señor Calderón es muy aficionado á la idea reli-
giosa; pero todavía lo es más á las cosas ajenas, sin
tener en cuenta que estamos en época moderna.
La ley presentada á discusión, es casi la misma que
la que viene rigiendo, sin mas variaciones que dos: la
instrucción primaria obligatoria, y haberse asegurado
la suerte del profesorado.

S. S. hubiera deseado que se discutiera la ley; pero
estas dos cosas contienen lo suficiente para tener idea de lo
que será la ley que sobre ellas se formen.

El Sr. Esteban Calderón presentaba aquí como dos
objetos de preferencia para el Senado, el ejército y la
instrucción; es decir, la fuerza y el saber; pero si no
atendáramos mas que á eso, ¿qué sería de la gobernación
del Estado? La fuerza no administra, ni el saber
tampoco.

Para administrar no basta solo la fuerza del ejér-
cito, no basta la ciencia tampoco, es preciso saber admini-
strar.

No me haré cargo sino de los puntos mas culminan-
tes.

El Sr. PRESIDENTE: Tengo el sentimiento de in-
terromper á S. S.; pero han pasado ya las horas del
reglamento.

El Sr. OLIVAN: Mi ánimo era condensar mi dis-
curso, y concretarme á lo mas interesante para ser
breve.

El Sr. PRESIDENTE: De todos modos estamos fuera
de reglamento, porque no hay número bastante de se-
ñores senadores en el salón. S. S. continuará con la
palabra pasado mañana, en cuyo día se reunirá el Se-
nado para proseguir el debate pendiente.

Se levanta la sesi n.

Eran las cinco y media.

CONGRESO.

VICE PRESIDENCIA DEL SEÑOR MAQUIEIRA.

Extracto de la sesión celebrada el día 11 de
julio de 1857.

Abierta á las dos, se leyó el acta de la anterior, y
varios señores diputados pidieron la votación no-
mina.

El Sr. CANGA ARGUELLES: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: Después que se haga la vota-
ción.

El Sr. CANGA ARGUELLES: Pido la palabra antes
de votar, que se lea el art. 102 del reglamento.

S. S. leyó, y disponía para abrir la sesión hubiera
70 diputados.

El Sr. SANCHE: Se ha abierto la sesión sin ese nú-
mero.

El Sr. PRESIDENTE: Orden el presidente estaba en
su derecho. Ningún diputado puede usar de la palabra
sin que se lea el art. 102.

El Sr. CANGA ARGUELLES: S. S. ha pedido la ob-
servancia del reglamento.

El Sr. PRESIDENTE: Orden: se proceda á la vota-
ción del acta.

Hecha la votación, fue aprobada el acta por 76 se-
ñores diputados que se hallaban presentes.

El Sr. CANGA ARGUELLES: Deseo que se lea el
artículo 135 del reglamento.

Se leyó, y decía: «Que en cualquier estado de la dis-
cusión podría el diputado pedir la palabra para recla-
mar la observancia del reglamento».

El Sr. CANGA ARGUELLES: Para eso pido la pa-
labra. Yo he entrado aquí de los primeros, y he encon-
trado este salón casi vacío. Entonces, en uso de un de-
recho que el reglamento me concede, pido la lectura
del art. 102 del reglamento, comprendiendo á la sim-
ple vista que no había 70 diputados en el salón. El se-
ñor presidente tuvo á bien llamarme dos ó tres veces
al orden, y para justificar que estaba en el orden he
pedido la lectura del art. 135 del reglamento.

El Sr. PRESIDENTE: El presidente, cumpliendo con
el reglamento, abrió la sesión con número suficiente,
aunque cuando S. S. pidió la palabra pudieron haber
salido del salón algunos señores diputados. La vota-
ción del acta demuestra que había bastante número.

Se anunció que los señores Membrado, Rios Rosas
y Salazar no podían asistir á las sesiones por hallarse
enfermos.

Pasó á la comisión de reforma de la Constitución
una enmienda del señor Cardenal al art. 14.

ORDEN DEL DIA.

